

Diógenes

Noticiario

TIEMPOS DE TORMENTA:

Ahora que el infinito sueño se ha apoderado de la persona de nuestro querido y buen compañero Domingo Melfi, al recorrer las páginas de este su último libro sentimos que a cada rato, se nublan nuestros ojos y que una desconsolada tristeza nos aprieta la garganta. ¡Cuesta tanto resignarse a la separación de aquellos seres con quienes compartimos parte de nuestra existencia y de las horas más bellas de nuestra vida!

A cada rato nos parece verle con su gesto jovial con su risa de niño grande y con la lucecilla maliciosa que se desleía en sus ojos para hacernos alguna broma o decirnos alguna de sus afectuosas palabras. Leemos algunas de sus páginas y nos parece oírle con su apasionada entonación, con el vivo fervor que ponía en cuanto le interesaba. Porque Domingo Melfi, era un artista de exquisita finura en la delicadeza y en la atención que ponía para examinar todo aquello que traducía belleza y expresaba una inquietud artística.

Hombre de sólida cultura cuyo espíritu se cultivaba día a día, con incansable sed de conocimientos, jamás desdeñaba a los que soñaban con esa quimera del arte, aunque sus condiciones no les fueran propicias para perseverar en esa senda tan difícil.

Cordial amigo de la juventud. Espontáneo en sus manifestaciones de afecto, Domingo, era ese buen amigo de todos los días para quien ver a sus compañeros era siempre una fiesta. En este libro lo encontramos preocupado de todas esas cosas que en esta tierra le interesaban; la evolución social, el bienestar de los trabajadores, la dignidad del intelectual, la libertad de pensamiento y en fin todas esas inquietudes del hombre cabal que siente la necesidad de cumplir la misión que cada ser humano trae a la vida.

Da una tremenda desesperación pensar que se nos ha ido este compañero sin reveses, este amigo sin tacha, pensar que un mal artero contra el cual se estrelló la ciencia y los solícitos cuidados de los suyos, no lo pudo sustraer de ese viaje sin retorno, de ese viaje al misterio que nos envolverá para siempre.

A unos cuantos días de su muerte ya sentimos la gran nostalgia de su presencia. Y en estas páginas hemos palpado la sensación profunda e inextinguible de su pensamiento. Aquí el fino esteta que era Melfi nos pinta en cuadros de sobria elegancia lo que era el Chile de los tiempos de la riqueza, el Chile de portón claveteado que heredó de los abuelos el gesto de orgullo y también la cortesanía del gran señor.

Nos describe en este bello libro diferentes etapas de la vida de Santiago. Un viejo palacio de una familia de rancios pergaminos le sirve de escenario y a través de los recuerdos que evoca el cuadro de un célebre pintor, los tapices los brocados y en fin toda la expresión de la riqueza criolla en sus diversas manifestaciones, al copiar la fastuosidad y la elegancia europea quien sabe si con exceso. Nos da una vívida sensación de una época chilena muy interesante.

Completan el libro de Melfi algunos breves y finos ensayos de su viaje por Estados Unidos. Hombre de sensibilidad, observador certero del medio que le tocaba conocer, sacaba siempre partido de sus viajes y así tenemos esa estampa de una tumultuosa calle de New York, cuyo tránsito ha detenido un perro

alrededor del cual se amontona la curiosidad de la gente. Un apunte lleno de gracia de una pareja de tordos de nuestra selva que van en viaje a tierras extrañas. Apuntes de feliz y penetrante observación sobre diversas actividades de la vida en el gran país del Norte. Rico de observación, plástico y bello de estilo, este último libro de Domingo acentuaba su vigorosa personalidad.

MANUEL RODRÍGUEZ

HÚSAR DE LA GLORIA Y DE LA MUERTE

He aquí un libro que respira simpatía por todas sus líneas. Su autor es un joven escritor a quien seguramente le aguarda un gran éxito en la literatura si sigue cultivando con tan felices disposiciones su arte.

Mentiríamos si dijéramos que es ésta una obra perfecta y que su autor ha conseguido de golpe dominar la técnica literaria y todo cuanto es necesario en el arte de la narración. El libro tiene titubeos y a veces suele columbrarse claramente lo que el autor puso de ficticio en la vida del heroico guerrillero. Pero en todo caso es un bello esfuerzo que merece estimularse, pues hay en la pintura del ambiente felices aciertos y un don nada común para darle a los personajes el relieve que necesitan y no inmóviles figuras que se arrastran lánguidamente a través de las páginas de este volumen.

El señor Laso Jarpa, ha conseguido darle a su relato un interés que se acomoda al ambiente y supo aprovechar con gran habilidad todas las anécdotas que se cuentan de Rodríguez, encajándolas con gran acierto en el curso de la azarosa vida de su héroe. Se ve la simpatía con que lo trata. Y su juventud se hermana con la del fogoso Rodríguez cuando este realiza actos que en la pluma de un severo historiador merecerían reprobación.

La vida de los Carrera es también motivo de evocación emotiva y entusiasta. Y ni San Martín, ni el bravo O'Higgins